

HOMILIAS DE SAN BASILIO MAGNO SOBRE LOS SEIS DIAS DE LA CREACION*

Al venerado arzobispo de Cesarea de Capadocia Basilio el Magno (+379)¹ lo conocemos principalmente por sus dos Anáforas Eucarísticas (la bizantina penitencial y la IV del Misal Romano actual)² y por su tratado del Espíritu Santo³. Son las obras donde mejor se nota la pluma del brillante y devoto teólogo. Sus obras restantes igualmente han servido de orientación a pensadores, pastores y pedagogos cristianos. También sus nueve homilías *Perí Hexaeméroon* fueron leídas, admiradas e imitadas por ilustres eclesiásticos y por generaciones de cristianos⁴.

Estas homilías tenían como finalidad presentar una teología y teleología de la Naturaleza y del Hombre. Exponen los seis días de la creación según Génesis 1,1-26. Fueron pronunciadas por el Metropolitano de Capadocia en días de ayuno, esto es en la preparación de la Pascua, de a una o de a dos por día. No se sabe bien en qué año fue esto; según unos autores habría sido mientras el predicador aún era presbítero (entre los años 364 y 370)⁵, según otros, que entreven en ellas una gran preocupación pastoral y una gran autoridad, habrían sido dichas cuando ya Basilio era obispo (entre los años 370 y 379)⁶. El hecho es que fueron suspendidas al llegar a la creación del hombre.

* Ponencia presentada en el *Segundo Encuentro Argentino de Patrología*.

1. Las obras han sido editadas en París por J. Garnier y P. Maran, en tres volúmenes que aparecieron entre 1721 y 1730. Están reproducidas en la Patrología Griega de Migne, en los tomos 29-32.

2. La Liturgia de San Basilio ha sido editada en la Patrología Griega de Migne, Tomo 31 (Cols 1629-1656). Ver: J. GRIBOMONT, *Basilio (liturgia-CPG 2905)*, en: Institutum Patristicum Agustinianum, *Diccionario Patristico y de la antigüedad cristiana*, I, 296; Cristiandad-Madrid, 1991.

3. PRUCHE, B., *Basile de Césarée. Traité du Saint-Esprit*. Texte, trad. et notes. Sources Chrétiennes, 17; Paris, 1947.

4. Están editadas en el Tomo 29 (cols 3-208) de la Patrología Griega de Migne. Edición crítica: S. Giet, *Basile de Césarée. Homélie sur l'Hexaméron*. Texte grec, introd. et traduction. Sources Chrétiennes, 26; Paris, 1949; Segunda edición, revisada y aumentada: Sources Chrétiennes, 26bis; Paris, 1968.

5. Así JOHANNES QUASTEN, *Patrología*, II, p.238; BAC, 217, Madrid, 1977.

6. Ver G. BRIGOMONT, en: Institutum Patristicum Agustinianum, *Diccionario Patristico y de la antigüedad cristiana*, I, 298-299; Cristiandad-Madrid, 1991.

¿Fue esto por la consagración episcopal del autor, o por algún impedimento provocado por alguna enfermedad, o por las preocupaciones pastorales? Nada sabemos a ciencia cierta. Lamentablemente la antropología, hacia la cual se dirigía el predicador, no ha sido formulada.

El metropolitano de Milán San Ambrosio las leyó complacido y a su vez pronunció otras tantas sobre el mismo tema⁷. San Jerónimo las leía y admiraba, Eustacio las tradujo al latín⁸, San Agustín las cita en sus sermones, Casiodoro las hacía leer y meditar por sus monjes, San Isidoro de Sevilla se refiere a ellas con admiración, Santo Tomás de Aquino las cita repetidas veces.

El infrascripto las ha leído buscando en ellas la teología de la Naturaleza, tanto en su aspecto de orden y armonía como en la explosión de la destrucción, del mal y de la muerte. En su exposición en el II Convenio de Profesores de Patrología las ha presentado y comentado. En esta exposición no ha querido detallar el análisis de las fuentes que San Basilio pudo haber usado, porque esto habría hecho infinita la enumeración; ya otros han hecho los estudios debidos y en la bibliografía que acompaña las ediciones críticas está todo anotado.

En la *primera Homilía* San Basilio plantea el principio que seguirá hasta el final: Dios ha creado el universo con todas sus cosas y orden, tal cual lo dice la Sagrada Escritura. Conformándose con el enunciado bíblico, no trata de demostrarlo; jamás formula una teología puramente natural. Esta actitud se comprende en los santos y en los místicos, pero aparece mucho más en los Padres de Capadocia, quienes nunca presentan claramente la distinción entre Naturaleza y Gracia; según ellos el hombre fue creado con la naturaleza humana ya revestida y enriquecida por la gracia ¿por qué habrían de ver entonces en la creación algo puramente natural? Según la Sagrada Escritura, el orden del mundo (visto por los helenos como cosmos-armonía, a distinción del chaos-desorden), es obra de Dios. A lo largo de las Homilias su autor describe el orden del mundo querido por el Creador; así se excluye también el Destino ciego de los paganos y todo tipo de dualismo.

7. Se trata del tratado *Haexaameron*, que comprende también nueve homilias predicadas durante una Semana Santa entre los años 386 y 390. Para la composición de esta obra San Ambrosio se sirvió de la de San Basilio que comentamos. Edición: Patrología Latina de Migne, Tomo 14 (Cols 133-288).

8. Esta traducción se conserva en la Patrología Griega de Migne, Tomo 30 (Cols 869-968).

Para comprender la creación y la armonía existente en ella es necesario un corazón puro; así Moisés pudo hacerlo porque abandonó todas las vanidades de Egipto. Es lugar común en los autores eclesiásticos helenos que para conocer a Dios en la *theoria*-visión, cuyo primer estadio es la fe, se necesita el corazón—unidad profunda del ser humano— libre de las pasiones que es la *ataraxia*.

Los ateos, por no admitir a Dios creador, afirman que los seres vivientes provienen de los cuatro elementos: tierra, calor, agua y aire. Se debe investigar con sinceridad quién ha dado al mundo el comienzo de la existencia: es Dios quien ha dado origen a todos los seres vivientes. El mundo tiene comienzo en el tiempo, es creado, así dice la Escritura, y tendrá su fin. Pero muchos estudiosos no lo quieren reconocer. Dios ha creado todo no por necesidad sino por su bondad, sabiduría y poder, y todo, la tierra y todo el firmamento, se sostiene por la omnipotencia divina. La tierra es el centro del universo. Nótese que en los textos litúrgicos bizantinos hay frecuentes frases con estos mismos términos, y es un hecho histórico que el ritual de la “iglesia grande” —la Catedral de Constantinopla— ha incorporado muchos elementos provenientes de Cesarea de Capadocia, cuyo autor es San Basilio. Este ritual se generalizó posteriormente en el Imperio Romano Oriental y también en algunas regiones de Occidente. Concluye esta Homilía con una consideración religiosa: no hay que averiguar tanto; glorifiquemos al Arquitecto ilustre por la sabiduría y habilidad que emanan de sus obras; que la belleza y magnificencia del mundo nos lleven a considerar la belleza y grandeza del Creador (ver Sab 13,5).

En la *Homilía segunda* trata de la creación de la luz, día primero. Aquí no viene al caso analizar los conocimientos cosmográficos del orador, que él utiliza sólo relativamente. Es interesante cómo ha armonizado sus datos científicos con las afirmaciones de la Escritura. Según el autor la tierra era informe e invisible⁹ porque la cubrían las aguas. Dios hizo la luz que es anterior a los astros, era la luz primitiva. Luego en la Homilía cuarta expone un razonamiento justificativo de esta afirmación.

Aquí enfrenta el grave problema del mal en el mundo. El mal —o *kakós*— no tiene su origen en sí mismo, lo que dirían los maniqueos y los gnósticos dualistas. No proviene de Dios, que es la bondad

9. San Basilio Magno, como otros Padres, depende de la traducción griega del Antiguo Testamento (LXX), que en Gn 1,2 traduce por “aóratos=invisible” la palabra hebrea “tohu=caos, informe”.

misma. No es un ser vivo ni animado, sino una disposición del alma contraria a la virtud y proveniente de un despreocupado abandono del bien. Proviene también de la naturaleza misma, como la vejez y la enfermedad, o de causas fortuitas, como si alguien camina en una plaza y topa con un perro furioso; también proviene de nuestro desenfreno y pasiones. El mal es la privación del bien.

En la *Homilía tercera* —como lo volverá a hacer en la novena— critica severamente a los intérpretes alegoristas de las Escrituras, quienes en sus explicaciones “interpretan una planta o un pez como se les ocurre”; se deben leer las Escrituras tal cual han sido escritas. Es extraño que Basilio sea tan enemigo de la interpretación alegórica, tan usada por los teólogos de Capadocia contemporáneos de él. Se deberá al fastidio con los intérpretes alegoristas que vuelan demasiado y se alejan del significado de los textos sagrados. Advierte también contra los antropomorfismos que acaban por tergiversar los textos.

La *Homilía cuarta* es todo un poema sobre la armonía y belleza de los mares, ríos y tierra firme. Amonesta frecuentemente sobre el trasfondo de sus descripciones, que son el poder y la majestad de Dios que ha ordenado todas las cosas.

La *Homilía quinta* expone la creación de los vegetales. Comienza la exposición con su constante advertencia: los idólatras creen que el sol hace germinar las plantas, pero es Dios quien hace germinar toda planta viviente; así prepara todo para el hombre que habrá de crear. La vida vegetal también nos hace recordar lo pasajero de la vida, “como la flor y la hierba del campo” (Is 40,6-8), y nos recuerda a Dios. Las diversas especies las ha creado Dios. La fruticultura misma es también imagen de la vida humana, según las comparaciones evangélicas. Las plantas venenosas, si bien son tales, sirven sin embargo de diversos remedios.

Es notable también que San Basilio utilice pocas fábulas en sus exposiciones, si bien en su tiempo la ciencia se confundía con éstas. Así, en este caso, afirma que las espinas fueron dadas a los hermosos rosales posteriormente a la creación de éstos, para que al tocarlos sintamos algún dolor.

La *Homilía sexta* comienza afirmando que Dios nos habla por sus obras sin enigmas. El orden bíblico de la luz creada antes de las luminarias lo explica por la omnipotencia divina, por la cual el Creador puede separar los accidentes de su respectiva sustancia, lo que nosotros no podemos hacer. El sol y la luna nos señalan los acontecimientos de la naturaleza. Luego, con mucha lógica, niega todo valor objetivo a la astrología y a las brujerías. Expone también con

lógica que el sol es infinitamente mayor que lo que percibimos a simple vista.

En la *Homilía séptima* expone el orden y sentido de la creación de los reptiles y pájaros. Parecería que no sólo por ver la armonía del mundo animal, sino considerando la sabiduría divina deduce la teleología de la naturaleza.

La *Homilía octava* repite su afirmación constante sobre el origen de la vida: los seres vivos superiores nacen de la tierra, no por los elementos naturales sino por la palabra de Dios. Todo lo natural tiene su orden, y hasta las calamidades como la langosta, castigo divino, son equilibradas por Dios, que detrás de la plaga envía a los pájaros que las devoran.

La *Homilía novena* comienza con otro reproche a los alegoristas, y luego considera las teorías existentes sobre la forma de la tierra: plana, cilíndrica o esférica da igual: Dios es su autor.

“Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza”: con el verbo y el pronombre en plural el orador deduce que aquí se trata de la Trinidad, cuyas personas son por lo tanto iguales entre sí. Con esto ataca violentamente a los judíos y a los herejes anomeos, negadores de la Trinidad. El singular del verbo “hizo Dios al hombre...” indica la unicidad divina, y con esto ataca el politeísmo helénico.

Hasta aquí el Metropolitano de Cesarea de Capadocia. Aquí acabaron las Homilías¹⁰, dejando trunco el tema de la creación del hombre, y consecuentemente la antropología, a pesar de que la novena finaliza con la promesa de que después seguirá otra Homilía sobre el hombre como imagen de Dios.

A modo de comentario a las Homilías, cuyo análisis ya tantos han hecho, es digno de hacer notar ciertas características.

El autor ha expresado primordialmente su fe en Dios uno y trino, fe que le hace ver el principio, fin y sentido de la creación. Conoce a Dios según el dogma cristiano, y así no quiere hacer ninguna teología natural. Para los teólogos capadocios la gracia ya se da a la naturaleza humana en la creación, de modo que sería absurdo pretender aislar una “naturaleza pura”. Tampoco hay lugar para una teología sin la revelación.

10. No deben ser tenidas por auténticas otras dos Homilías que se han presentado como continuación de las nueve primeras, y que tratan sobre la creación del hombre (Patrología Griega de Migne, Tomo 30, Cols 9-72). Ver: A SMETS Y M. VAN ES-BROECK, *Basile de Césarée. Sur l'origine de l'homme (Hom. X et XII de l'Hexaméron)*, introduction, texte critique, traduction et notes. Sources Chrétiennes 160; Paris, 1970.

El conocimiento de las ciencias naturales del autor es completo para su época. Acepta toda ciencia, en la cual ve el conocimiento de las obras de Dios, sean éstas como fueran; por ejemplo la forma de la tierra (aunque las comparaciones sean odiosas, sea lícito comparar a San Basilio con los teólogos de Salamanca en la ridiculización de Cristóbal Colón). Para su fe no hay obstáculo alguno en el conocimiento objetivo de la naturaleza. Con su característico lenguaje rico y hermoso, con imágenes vivísimas, expuso sus conocimientos para indicar en el Cosmos el plan de Dios. Muchos autores antiguos se han inspirado en las Homilías, lástima que nadie las pudo continuar, como habría querido San Gregorio de Nisa¹¹, hermano del autor.

Domingo Krpan

11. La obra de San Gregorio de Nisa, titulada *De hominis opificio*, tuvo como finalidad completar el comentario de San Basilio. Se encuentra en el Tomo 44 (cols 125-256) de la Patrología Griega de Migne. Este mismo texto, con algunas correcciones, traducido al francés y con notas de J. Daniélou, fue editado por J. Laplace (*Grégoire de Nysse. La création de l'homme*; Sources Chrétiennes, 6, Paris, 1943).